

# La predicación narrativa: el cómo

Néstor Míguez

## *Jesús y la mujer samaritana*<sup>1</sup>

Él es un judío de Galilea, que regresa a casa luego de haber debatido en Jerusalén con los más destacados intelectuales del Concilio. Ella es samaritana, una habitante de la olvidada aldea de Sijar, gentes cuyas preocupaciones tienen que ver con lluvias, cosechas, y las imposiciones de los recaudadores romanos. A él le dicen maestro, y tiene discípulos y muchos seguidores. Ella es una simple mujer acostumbrada a las pesadas tareas del campo. Él está acostumbrado a la disquisición sutil con escribas y fariseos. Ella se la pasa renegando con los baldes de agua y el profundo pozo del cual tiene que sacarlos. Él hace su recorrido a través del país, según lo requieren su ministerio y misión, y es conocido y reconocido en muchos lugares por las señales que hace. Ella permanece siempre en la misma aldea, probablemente el único lugar en el mundo que conoce y donde la conocen. Él ha sido señalado como “el Cordero de Dios” por el profeta. A ella los comentaristas la han marcado como “una mujer adúltera”. Sabremos de él muchas cosas más a través de los textos y del tiempo, lo que ha dicho y hecho será comentado por siglos y sobre él se escribirán muchísimos libros. Ella será recordada, y ni siquiera con su nombre, con un cierto desdén, por esta pequeña historia, porque una vez se cruzó con él en el pozo y se generó este pequeño diálogo.

Se encuentran, más cercanos al mundo de ella que al de él. Él está sentado junto al pozo, esperando, descansando, mientras sus discípulos se encargan de buscar lo necesario. Ella llega bajo el fuerte sol del mediodía para buscar agua, para acarrear el pesado cántaro de vuelta. Inesperadamente, él abre el diálogo. Ella contesta de mala gana, con cierta ironía (¡hasta un rabí judío le habla a una mujer samaritana cuando tiene sed!). Él habla desde la divina sabiduría, ella contesta desde la practicidad de la realidad cotidiana. Él habla acerca de la vida eterna. Ella habla desde las tareas domésticas. Él habla del agua viva que brota de Su presencia. Ella de baldes y pozos. Él habla de la revelación divina. Ella habla de las tradiciones que aprendió de su gente. Él habla de una verdad espiritual. Ella responde desde la existencia terrenal. En realidad, no es un diálogo, sino dos monólogos paralelos con algunas palabras en común. Nosotros juzgamos: “Ella no entiende, porque es incapaz de ir más allá de las apariencias materiales”. Ella diría: “Están hablando sin sentido porque les sobra el tiempo, pero serían incapaces de levantar un cántaro lleno de agua y caminar dos kilómetros cargándolo sobre la cabeza”. Cada uno entiende, según su propia comprensión, según el mundo que habita. ¿Comprenderemos, él y nosotros, el mundo de ella?

Nada se sabe acerca de que él haya formado pareja y tenido su propia familia (aunque no faltarán fantasías sobre ello). Sin embargo, la pone a ella en situación de tener que responder sobre la suya. Al principio da una respuesta evasiva, no quiere hablar del tema. Pero él insiste: “Cinco maridos has tenido, pero ahora tienes un varón que no es tu marido”. ¡Y lo que dice es verdadero! Él es capaz de reconocer la verdad en la vida de ella.

---

<sup>1</sup> Esta primera parte es una versión del texto sobre este tema publicado en mi libro *Jesús del Pueblo*, Buenos Aires, La Aurora, 2015. Hay versión electrónica en Google Books.

Y ella también: “Ahora sí habla cosas que puedo entender, habla de mi vida, de cosas reales”, piensa.

Al escuchar la afirmación de Jesús nosotros decimos: “¡Cinco maridos!... una mujer adúltera, una personalidad errática...”. Lo relacionamos con las fatuas estrellas hollywoodenses. O una Cenicienta insatisfecha que nunca encuentra su príncipe soñado. O a la prostituta del pueblo, corriendo por las noches de una casa a la otra. Los comentarios debatirán acerca de si esto es una cuestión metafórica sobre los samaritanos, su historia y teología, o una vuelta de fuerza en la narrativa histórica.

Puede que ella ignore, por ahora, quién es el que habla con ella, el inesperado don de Dios; pero seguramente conoce, en cambio, el rechazo y el prejuicio. Las mujeres no tenían derecho a pedir divorcio, pero podían ser repudiadas y echadas de su casa. Cinco veces tuvo que dejar casa y seguridad, o quizás hacer duelo por un esposo muerto. Cinco veces ha quedado en la calle, objeto de comentarios maliciosos (incluso los que la siguen denostando veinte siglos después). Cinco veces (y muchas más hasta ahora) la víctima de chismes y burlas escondidas, de prejuicio y difamación. Ahora hay otro hombre en su vida, que la recibe y cobija, pero que no quiere compromisos, ninguna obligación fija; ella está expuesta, en cualquier momento, a un nuevo abandono. Una y otra vez, en su tiempo y en el nuestro, objeto del examen impiadoso de las personas políticamente y religiosamente correctas, los sabios de la ley de ayer, y los doctos escrituristas de hoy; víctima del dictamen del moralismo cristiano. “Esta ignorante mujer aldeana, la ramera de Sijar, incapaz de comprender las verdades celestiales que le revela el Maestro”. Esta “persona común”. Desde el punto de vista histórico, un ejemplo de la existencia oscura, de las gentes menores de las culturas subalternas, la no-persona, hasta que, por pura casualidad, se topa con Jesús.

Si ella leyera los comentarios eruditos (aunque difícilmente supiera leer) y conociera los miles de sermones que se predicaron sobre este encuentro, seguramente pensaría: ¿qué saben ellos acerca de esta aflicción? ¿Cómo pueden especular, qué pueden aseverar sobre mi vida estas personas, seguras en sus escuelas y templos, lejos de los dolores y amargas, de las duras experiencias de una mujer de pueblo rechazada, lejos de las luchas por la difícil existencia aldeana en un territorio ocupado y explotado, sin conocer esta agobiante rutina que me es impuesta? ¿Cómo pueden darle sentido a mis sufrimientos? Pero este hombre acá parece entender mejor. Se ha aventurado a caminar por el camino de Samaria, y ahora me habla de mi vida concreta. Sé que también existe esta otra gente, a la que llamamos profetas. He escuchado de ellos, forman parte de mi tradición. Quizás sea un profeta... veamos, si es un profeta o simplemente otro judío orgulloso que me adivinó...

“Ni aquí ni en Jerusalén, sino en espíritu y en verdad”... Es capaz de ir más allá, de hacer sentir más cercano a todos el aliento de Dios. Iré a la aldea a decir lo que este hombre ha dicho... ¡quizás ellos también me ayuden a entender si éste es el Cristo!

Pero no dirá nada de la fuente de agua que brota para vida eterna. No gritará acerca de los verdaderos adoradores que adoran a un Dios que es Espíritu. “Vengan a ver a un hombre que me ha mostrado mi propia vida, que me ha hablado de lo que he hecho; ¿no será este el Mesías?” Quizás sea su mesías, su salvador, porque ha sido capaz de hablar de su vida, de las cosas que le han pasado, de lo que ahora le ocurre, del Dios cercano a la mujer que va a buscar agua con un pesado balde...

\* \* \*

En el número anterior de *Visiones y Herramientas* (año 2007), en el artículo “Entrelazando historias” (pp. 83-93) mostraba un ejemplo y destacaba el valor de la narratividad en la transmisión del mensaje cristiano. Señalaba que en un próximo artículo incluiría algunas cuestiones más técnicas de la creación y uso de estas aproximaciones narrativas en la predicación y enseñanza, en el testimonio de fe. Ahora me piden que cumpla con mi compromiso. El presente artículo intenta ser una respuesta a esa demanda, por lo que será menos “teológico” y más proclive a ciertas aproximaciones de orden literario.

Por supuesto no hay recetas. A lo sumo hay experiencias, propias y ajenas, y un decantar de esas experiencias en modos de trabajo, que pueden ser útiles si cada uno o cada una lo puede adaptar a su propio contexto, a su propia personalidad. Cada persona tiene su estilo, cada predicador debe poder reconocer sus fortalezas y fallas y ver cómo saca provecho de ellas y las supera, y el sermón narrativo puede ser una ayuda (o no) en ese sentido. Cada maestro conoce su grupo y qué recursos puede emplear con mejores frutos, y qué dinámicas pueden ayudar a extraer una más rica reflexión y enseñanza de los textos. Las “técnicas narrativas” no pueden erigirse en un modelo universal ni para toda ocasión, aunque pueden constituir una importante variante comunicativa, que tiene múltiples ventajas –y ciertas limitaciones también. Lo que ahora intentamos proveer son nada más que indicadores, orientaciones, que ayudan a construir un relato. Pero lo atractivo y comunicativo no está en la técnica sino en los pensamientos y ideas que promueve, en los sentimientos y afectos que estimula, en el vínculo que el relato ayuda a establecer, en las visiones y esperanzas que despierta. Y, en nuestro caso específico, en la invitación a la fe, al compromiso con el Cristo del Evangelio y a su profundización.

## ***La preparación***

Aunque a primera vista incursionar en la narrativa parece una cuestión más de inventiva y creatividad, un uso responsable de este recurso puede ser bastante exigente, incluso reclamar una precisa disciplina de trabajo y cierto autocontrol. La creatividad sobre el texto, más tratándose de textos bíblicos, debe reconocer algunos parámetros y propósito que la encaucen. Indicaré fundamentalmente dos:

a) ***Un trabajo cuidadoso sobre el texto.*** Como si se fuera a hacer una exposición doctrinal al estilo clásico, los textos a tratar deben ser estudiados con todos los resguardos metodológicos que hacen a una sana exégesis. Sea que tengamos un relato o un texto de tipo más conceptual (las cartas, por ejemplo) o poético (Salmos o Proverbios, algunos de los “himnos” del Nuevo Testamento), será la riqueza del texto bíblico la que sostendrá e inspirará la exposición narrativa. Esto también requiere enriquecer la lectura del texto con el recurso a los comentarios. Aunque luego, en la exposición, no siempre haremos explícitos los elementos exegéticos o las aportaciones recibidas.

Cuando se trata ya de un relato (como en el ejemplo que hemos puesto por encabezamiento) es necesario reconocer los pasos del relato existente –introducción, planteo, nudo, desenlace – y ver de qué manera se reorganizarán en nuestro discurso. En ese sentido las técnicas narrativas pueden alterar el orden, especialmente jugando con los tiempos narrativos, o intercalando elementos descriptivos en medio de la trama de acción (volveré sobre esto). Si se trata de otro tipo de composiciones, lo que puede hacerse es crear un relato en torno de ellas. Para ello necesitamos los datos que nos proveen los métodos histórico-críticos (momento, autor, situación en el que surgió el texto). Así cabe ponderar sobre la vivencia del salmista que alaba a Dios por ser librado de una enfermedad, las reflexiones que vuelca en el texto y su expresión poética como resultado

de una experiencia. O la situación en la que Pablo escribe una carta, o las posibles reacciones de quienes la reciben, según las condiciones y situación probable de la congregación receptora original –lo que permite relacionarla con lo que vive nuestra propia comunidad como “receptora secundaria”. La construcción narrativa puede ayudar a destacar aspectos del mensaje, acercarlo a la experiencia del oyente, a elaborar vínculos de identificación con los personajes, etc. Puede incluso ser crítico de otras interpretaciones y proponer la propia (como he hecho parcialmente en el ejemplo propuesto). Pero en ello debe ser respetuoso del mensaje original, debe poder dar cuenta de su lectura del texto y su contexto literario.

La construcción del propio relato pide, para legitimarse, respetar los detalles que el escritor bíblico originalmente valoró en su escrito. Por eso es importante captar el texto que se va a elaborar como un todo. Si bien el proceso de exégesis analítica, verso por verso y palabra por palabra tiene un lugar ineludible, la reconstrucción del mensaje como síntesis es una exigencia para la narratividad. Nuestro relato construido debe mantener una relación fundamental con el sentido global del texto de base, del cual partimos, así como las aperturas que deja, por el sentido polisémico de los textos.

En la exposición puede optarse tanto por “contar el texto” en lugar de su lectura, como por “releer” el texto, haciendo de su interpretación un segundo episodio narrativo. Por ejemplo, en mi relato de la mujer samaritana, se presupone que los oyentes conocen bien el texto o acaban de leerlo, porque en caso contrario sería difícil seguir mi “racconto”. Pero en el ejemplo que brindé en el artículo del número anterior (descripción de la aparición del resucitado en Juan 20: 19-23) si se lee el texto previamente se pierde parte del impacto que busca lograr el relato. Pero en este segunda caso, hay que tener aún más cuidado de respetar la trama del texto reelaborado (por más detalles y proyecciones que se incorporen) ya que el oyente “queda a merced” de la interpretación. De la misma manera se debe cuidar, por fidelidad a la Palabra, de mantener la orientación teológica del texto bíblico escogido, respetar la pluralidad teológica que el mismo canon nos provee. Por ejemplo, el “Jesús” con el que se encuentra la mujer samaritana es el Jesús del evangelio de Juan, un Cristo más “intelectual” que el de los sinópticos, con una cristología más elaborada. El diálogo sería distinto si ocurriera en Mateo, como en el caso de la mujer cananea (Mt 15: 21-28 –por tomar otro caso del encuentro con Jesús de una mujer extranjera).

b) ***El reconocimiento del contexto original.*** Si bien el narrador inevitablemente (y como una necesidad del relato mismo) deberá trabajar sobre cierta distancia en el tiempo y lugar, y no es posible el relato sin ciertos anacronismos, es necesario también darle razonabilidad al texto mediante su ubicación en su propio contexto cultural, social, legal o religioso. Por cierto que una técnica puede consistir en recrear el relato en otro tiempo histórico, traerlo a nuestro tiempo, lugar y cultura. Pero en ese caso, y especialmente en ese caso, deben respetarse las significaciones que los hechos tuvieron en su propio contexto social (hasta donde sean discernibles) para que la traslación de las significaciones y sentido del relato no termine por desconformarlo y tergiversarlo.

El mundo antiguo, como lo es el nuestro en otra escala, es una pluralidad de mundos que se entrecruzan, como hemos expuesto en nuestro relato, y esas tensiones subyacen a muchos relatos bíblicos, constituyen parte de la trama dramática. El juego de malentendidos o sobrentendidos no siempre resulta accesible, por nuestro desconocimiento de esos mundos. Las costumbres, las disposiciones protocolares, la forma de dirigirse unos a otros, los cruces competitivos, la distribución de tareas y lugares, el funcionamiento de

los prejuicios y afinidades, las prácticas sociales y económicas, las presiones del poder, en fin, el sinnúmero de detalles que hacen a la vida cotidiana son conocidos tanto para el escritor bíblico como por el lector original (aunque hay veces en que el mismo texto aclara para lectores no israelitas ciertas costumbres de los judíos, o aclara relaciones políticas que no todos conocen). Pero no es así para el lector u oyente de hoy, y el relato actualizado debe reubicar estas tensiones a través de aclaraciones, indicios, referencias locales o apartes instructivos. A veces incluso puede, de esta manera, crear cierta agilidad y convocatoria de la atención mediante intervenciones del público o secuencias dramatizadas.

Afortunadamente hoy contamos, incluso en castellano, con bastantes descripciones de los diversos contextos bíblicos, que se hallan en distinto tipo de recursos bibliográficos: libros y artículos sobre historia y cultura del antiguo cercano oriente y el mundo greco-romano, enciclopedias, informaciones periodísticas sobre hallazgos arqueológicos, comentarios bíblicos con enfoques “socio-lingüísticos”, que hacen posible una reconstrucción, siempre aproximada y aventurada, de los mundos y mentalidades de los tiempos bíblicos. Muchos de ellos están accesibles a través del Internet, y una hora de computadora puede ayudarnos. Para el Nuevo Testamento está disponible en mi sitio web un pequeño libro con algunos aportes que ayudan a comprender el mundo del Imperio Romano y de Israel en el Siglo 1(<https://nestormiguez.com/wp-content/uploads/libros/El-tiempo-del-principado-romano.pdf>).

La habilidad del narrador hará que estos puedan incorporarse al relato sin caer en “didactismos” que le quitan dinámica. Por poner un ejemplo secular, piénsese como, con apenas algunos Atlas y descripciones de viajes ya que él nunca estuvo personalmente, Julio Verne nos da lecciones sobre la Pampa argentina a través de las aventuras de *Los Hijos del Capitán Grant*. No muchos tienen esa habilidad literaria, por cierto, pero imitando a esos grandes narradores uno puede aprender algo de su estilo y, a escala, moldear nuestros propios relatos para que reflejen las condiciones del tiempo y lugar en que se originaron.

## ***Trama y descripciones***

Esto nos lleva a considerar los dos factores que hacen a un relato: lo que llamamos factores nodales (trama o complot narrativo) y los indiciales (descripciones).

a) **La trama.** Todo relato tiene algún tipo de acción como núcleo, como su nudo (de allí que hablamos de factores nodales). Estos nudos suelen consistir en “pruebas” de distinta índole que deben pasar los personajes. Generalmente hay más de una, aunque puede distinguirse una “prueba principal” en torno de la cual se van sumando distintas alternativas, o momentos de transición que los personajes deben sortear hasta el desenlace. Esas pruebas, según los analistas semióticos, tienen distintos niveles (de influjo, de capacidad, de adquisición de medios, prueba principal, pruebas de evaluación y glorificación, etc.). Cuando se distinguen en el relato los momentos de introducción y planteo, nudo y desenlace, se refieren generalmente a las distintas pruebas que deben sortear los personajes. Así, en la primera parte suelen aparecer las pruebas de influjo (quien lo manda a hacer algo y su aceptación o no –por ejemplo, Jesús pide agua, pero la mujer parece oponerse a su reclamo) y las pruebas de capacidad o adquisición de medio (se pone en juego la capacidad del personaje, o su destreza previa para adquirir los medios para su realización –por ejemplo, cuando la mujer le dice a Jesús que “no tiene con qué

sacar agua”, por un lado, o la dificultad de la samaritana para interpretar la oferta de “agua de vida” por parte de Jesús). En el medio del relato se da la prueba principal (el reconocimiento de “quien es el que habla contigo” y su condición de Mesías), y finalmente el desenlace suele tener las pruebas de evaluación y glorificación (cuando toda la aldea reconoce a Jesús como “salvador del mundo”).

Estas pruebas generalmente indican una adquisición o una separación de un objeto (que puede ser un objeto físico, un saber, un afecto, o a veces la vida misma), por lo cual se establecen los vínculos (de conflicto o afinidad, de ayuda u oposición) entre los actores. A veces juegan un papel de “actantes” fuerzas impersonales (la ignorancia, la envidia, el miedo, la vergüenza, el odio o el amor), que se expresan entre los personajes o al interior de un mismo personaje. A la hora de reelaborar una narrativa conviene tener en cuenta estos factores, para ver como se combinan creativamente. Así, sin alterar el centro del relato, estos elementos pueden plantearse de tal manera que destaquen alguna faceta particular del relato, lo dejen abierto mediante sugerencias, o provean elementos de identificación del oyente, que pueda pensar “a mí también me pasa”.

b) **Los indicios.** Lo que llamamos factores indiciales en realidad podríamos decir que no hacen al desarrollo estrictamente “de lo que sucede”, aunque como veremos, pueden ser decisivos. Normalmente aparecen como ubicación en tiempo y espacio, descripciones, sea del paisaje, de los personajes y sus características, estados de ánimo, etc. También pueden ser datos históricos, de costumbres, del lenguaje, etc. que nos ponen en el escenario (o los escenarios) en que se moverán los personajes. Eventualmente pueden entrar antecedentes o motivaciones. Nos permiten ver los “mundos vitales” de los actores del drama, ponernos en contacto con la cultura que rodea la acción. Los primeros párrafos del ejemplo del encabezamiento son descriptivos. Aprovechan los elementos descriptivos que ya están en el relato bíblico, los sistematiza, amplía, reubica, a los fines de poner acento “dramático” en lo que parece un simple diálogo.

Pero no creamos que este “escenario” es pasivo. Al contrario, juega un papel decisivo tanto para el desarrollo de la trama como para despertar el interés del receptor. Van a ser los indicios, justamente, los que darán las claves en cualquier novela de detectives. Cosas que quizás no se encuentran tanto en la enunciación de las acciones como en la descripción del momento o el escenario. Que el encuentro de Jesús y la samaritana ocurra “al mediodía”, cuando los discípulos van a buscar algo para comer, bajo un fuerte sol que acentúa el valor del agua y la sed de Jesús, y desubica el momento normal en que las mujeres van a buscar agua al pozo, es un indicio. Pero tiñe todo el ambiente del diálogo, le da sentido, y generará la continuidad en el diálogo que sigue, el de Jesús con sus discípulos. El mundo material y cultural en el que se ubica el relato juega un papel determinante en el esquema narrativo. Por ejemplo, en la clásica (en realidad romántica) *Vida de Jesús* de E. Renan, el paisaje de Galilea es casi un actor de primer orden. También lo pueden ser elementos poéticos inscriptos en el relato. Así, las oraciones de María cuando visita a Elizabeth (Lc 1:46-55), de Zacarías cuando nace Juan (Lc 1:68-79) y de Simeón cuando ve al niño (Lc 2:28-32), todas incluidas en el relato lucano de la Navidad, ponen un clima particular al relato, y nos permiten ver características de la piedad judía popular y sus expectativas. Mateo, que escribe para el mundo hebreo, no necesita incluirlas. Pero Lucas, a través de ellas, pone al lector gentil en contacto con el mundo religioso y el mesianismo popular de la Galilea de Jesús, y así le ayuda a entender las expectativas que se ponen en juego en torno a la figura del Mesías. En realidad, la acción es “María dijo” (Lc 1: 46a). Pero su canto, que no está dirigido a promover ninguna

acción concreta (salvo la alabanza, es un canto de “su alma”), que, aun cuando no se dirige a ningún personaje humano crea sentido al relato de todo el evangelio que le sigue.

La habilidad y el arte de relatar dependen mucho de nuestra sensibilidad para saber combinar momentos nodales y descriptivos en la dinámica del relato. No necesariamente todo lo descriptivo debe ponerse al principio, y hay detalles que se pueden agregar o “ir descubriendo” según los vayan reclamando las acciones. De la misma manera, el orden del relato no tiene por qué quedar fijado. Muchos relatos van alternando, mediante la técnica de la rememoración (el “flashback” del lenguaje cinematográfico), o la anticipación, escenas que no se corresponden al “momento de la trama”, que alteran la secuencia lógica, pero que ayudan a elaborar la dinámica, a crear misterio o suspenso, a estimular la imaginación del auditorio. Leer a algunos de los grandes literatos G. García Márquez, Cortazar o Borges, u otros maestros del cuento, también los narradores como Luis Landricina, nos ayuda a ver como crean el clima mediante estos recursos.

### ***El relator como personaje***

Al concluir el artículo “Entrelazando historias” señalábamos brevemente algunas cuestiones del lugar del autor (o narrador). No vamos a repetir aquí esas reflexiones. Vamos a sugerir, en cambio, algunas posibilidades para plantear el relato, sin ninguna pretensión de originalidad –todas ya han sido exploradas. El lugar más frecuente es el del “tercero omnisciente”, alguien ajeno a la escena misma que la va contando. Lo llamamos “omnisciente” (el decir, un sabelotodo) porque incluso puede meterse en los pensamientos de los personajes, anticipar el desenlace, “disponer” de los tiempos narrativos y presentar o escamotear datos para interesar (o burlar) al auditorio. Los mismos Evangelios son escritos desde ese lugar.

Pero mi experiencia me ha mostrado que “contar el cuento” desde un personaje interno al relato, ya sea uno existente o uno ficcional, suele crear una expectativa emotiva más intensa. Por ejemplo, cómo habría contado a sus vecinos su encuentro con Jesús la propia mujer protagonista, como habría sentido ella al decir Jesús que había tenido cinco maridos... ¿habrá percibido un tono de reproche, o lo vería con cierta condescendencia hacia mi, pecadora? ¿Sería para ella una voz de comprensión ante una mujer afligida y desorientada, o la recibiría como la expresión de la misericordia ante el sufrimiento? La interpretación del pasaje y la actitud de Jesús se pueden brindar hasta en el modo de contar. La reacción de la mujer que descubre en ese momento al profeta que hay en Jesús, ¿cómo sería? ¿Cómo señalar el contraste y a la vez el crecimiento desde el tono casi despectivo de la primera respuesta de ella hasta la última? Incluso, para nuestro propio crecimiento es bueno ponerse en la piel de otro u otra, imaginarse un poco en otra ubicación de género, en otra condición social, en otro medio, para quebrar el etnocentrismo que suelen tener nuestras interpretaciones bíblicas. Uno puede revelar desde adentro (y por lo tanto revisarnos a nosotros mismos y crear identidades con el auditorio) a través de un drama intenso que sacude a la persona, la reubica, la convierte y transforma en protagonista de la misión en un encuentro casual, impensado e inesperado, en esos escasos minutos del diálogo con este errante maestro galileo.

Pero también un personaje secundario puede ser el relator. ¿Cómo describir la entrada a Jerusalén en el “Domingo de Ramos” desde uno de los peregrinos galileos que lo exaltan con sus vítores, que tiran sus vestidos al paso de Jesús – quizás uno de los curados milagrosamente, uno de los cinco mil alimentados, una de las mujeres que le llevó a sus

hijitos para que los bendijera? ¿Qué historia posible y rescatable hace que lo aclame “Hijo de David, ungido del Señor, Príncipe de Paz”? En una experiencia de trabajo con chicos esta historia la contó... el burrito. Después de todo, era el más cercano al Señor, el que veía lo mismo que veía Jesús... “Yo tuve al maestro sobre mis hombros...”.

También se puede recurrir a un diálogo, dónde más de un personaje pone en juego distintas aproximaciones; proponer un juego dual, o múltiple, de interpretaciones a través de diversos actores. Entrevistas imaginarias, pequeñas dramatizaciones, la intercalación de poemas o cántico, son recursos ya explorados (ver mi Jesús del Pueblo). Podemos escribir la carta de respuesta de Filemón a Pablo, contando cómo lo impactó y qué está sucediendo ahora. Podemos entrar subrepticamente en casa de Aquila y Priscila, ya ancianos, y sorprenderlos recordando cuando conocieron a Pablo. Podemos imaginar a un Esteban celestial contando su martirio... en fin, la imaginación no es un recurso vedado, sino un don de Dios que también, con los límites y precauciones que el primer paso de estudio y razonabilidad requiere, puede servirnos para presentar apelativamente el mensaje. Un uso adecuado de estos recursos puede incluso ayudarnos a destruir prejuicios, a apreciar positivamente la diversidad cultural y de situaciones personales, a valorar la experiencia de personajes secundarios, o ser vehículo para testimonios personales que se presentan indirectamente, ayudando a poner el acento, no en la persona del testigo, sino en el mensaje que se brinda.

### ***El relato como complicidad***

El arte del relato pide, eso sí, acotaciones y reflexiones, la pincelada de humor o el guiño cómplice con lo no nombrado, lo insinuado que queda para la imaginación del oyente o la lectora, ciertos indicios que maticen, que introduzcan el suspenso y convoquen a otros relatos conocidos, o que crean la expectativa para el próximo cuento. Los anacronismos pueden ser un recurso, y mejor aún si queda en evidencia que son anacronismos, que a la vez son los vínculos con situaciones comparables de hoy. En el fondo, en cada relato puedo encontrar elementos de mi propia historia, la vivida o la que ansío vivir. En cada historia hay un retazo de una humanidad de la que soy, quiera o no, solidario en sus esperanzas y desventuras, en sus pecados y salvación, en nuestras fragilidades y esperanzas. En cada relato hay un retazo de mi biografía. Cada historia es un resumen de antiguas historias y apertura de nuevas aventuras. La trama es más o menos la misma, con las complicaciones propias de cada localización. Pero, en la apelación a la fe y al compromiso cristiano, toda historia es abierta y nos pide una respuesta que solo puede venir del receptor. En mi compromiso de fe, el relato es una búsqueda de complicidad.

Así lo hicieron los evangelistas, que no elaboraron doctrinas, sino relatos para permitirnos conocer el Evangelio. Marcos se apresura a dejar constancia de la presencia del Mesías en este mundo, presencia a la vez deslumbrante, cuan oculta y misteriosa. Mateo nos pone una y otra vez frente a cómo su relato es, en el fondo, el desdoblamiento y a la vez el cumplimiento de otro relato, y convoca a las leyes, los salmos y los profetas, que acuden a corroborarle esta intuición. “Lucas” se propone ordenar los relatos desordenados de otros, y después se extiende para que conozcamos el otro relato, el del testimonio del Espíritu en los testigos escogidos. Juan selecciona con la explícita intención de llevarnos a la fe. Pablo se desgrana en cartas, y el otro Juan, el de Patmos, nos presenta el enigmático cuadro de sus visiones. Otros dejan sus legados tras los nombres de Santiago, Pedro, Judas. Pero todos, hombres o mujeres precientíficos e ignorantes de las normas de la academia, solo reconocen sus citas (y no siempre ni consistentemente)

cuando son de las escrituras hebreas, en su versión griega. Pero nos escamotean sus fuentes, nos obligan a las adivinanzas, nos incitan a tratar de conocer lo que se esconde en su narrativa directa o en sus intercambios. Benditos porque así lo hacen. Esto ha mantenido alerta al estudioso de la Biblia durante siglos, ha estimulado a los maestros y predicadores, y hace que el mensaje se repita y a la vez se renueve, que la narrativa se haga nueva y se entrecruce con los cientos y miles de historias que vienen en las mentes de los lectores.